

# MEDIACIÓN BRITÁNICA EN EL CONFLICTO WILSON-HUERTA

*William S. COKER*

*Universidad del Sur de Mississippi*

LA HISTORIA de las relaciones entre Estados Unidos y México durante 1913 ha sido hábilmente registrada por una serie de estudiosos norteamericanos.<sup>1</sup> En su mayor parte estas crónicas son tan precisas y detalladas como lo permitieron las fuentes y el espacio disponibles, pero por desgracia casi todos los estudios se basan casi enteramente en documentos de los Estados Unidos y en sólo un número muy limitado de materiales de otros países. El 1º de enero de 1964, los papeles de la *British Foreign Office* y del Almirantazgo Británico correspondientes al año de 1913 (con excepción de algunas piezas dejadas ver anteriormente bajo petición específica), se hicieron asequibles al público por primera vez. Estudiados conjuntamente con los documentos norteamericanos, los documentos británicos proporcionan una nueva perspectiva de la historia diplomática del período.

El presente estudio, basado en tal síntesis, quizá revele un aspecto de las negociaciones de 1913 generalmente desconocido y hasta ahora no publicado. Además, sugiere la amplitud de las investigaciones que aún deben llevarse a cabo acerca de la crisis de esa época entre los Estados Unidos y México.<sup>2</sup>

El general Victoriano Huerta se convirtió en presidente de México como resultado del *cuartelazo* de febrero de 1913.<sup>3</sup> Anunció que permanecería en el poder sólo lo suficiente para pacificar al país y para llevar a cabo una elección que diera a México un presidente constitucional.<sup>4</sup> Pero las circunstancias por las cuales Huerta llegó al poder desacreditaban su gobierno desde un principio.

Después de que el presidente Francisco Indalecio Madero y el vicepresidente José María Pino Suárez presentaron sus renuncias forzadas, cayeron víctimas de la infame "ley fuga". De acuerdo con un comunicado oficial, los prisioneros habían sido balaceados "mientras intentaban huir".<sup>5</sup> Los asesinatos no importaron para la cuestión del reconocimiento diplomático de Huerta ni por parte británica ni por parte estadounidense hasta la toma de posesión del presidente Woodrow Wilson, el 4 de marzo de 1913, varias semanas después del golpe de estado.<sup>6</sup>

Antes de abandonar el cargo en 1913, la administración Taft reconoció al gobierno de Victoriano Huerta; quedaba pendiente la solución de una serie de problemas importantes, entre ellos la situación del área del Chamizal, una convención que regularía la distribución equitativa de las aguas del río Colorado, el estudio de diversas demandas fronterizas y la indemnización por muerte de ciudadanos de los Estados Unidos caídos durante las batallas de Agua Prieta y Ciudad Juárez en 1911. Aunque el gobierno mexicano dio seguridades sobre la celebración de un acuerdo que resolviera estas cuestiones, nada concreto se había llevado a cabo antes de que la nueva administración demócrata entrara en funciones.<sup>7</sup> El presidente Wilson, repudiando los asesinatos de Madero y Pino Suárez, rehusó reconocer a Huerta, sobre la base de que no había llegado al poder por medios constitucionales; Huerta carecía del aura de "legitimidad constitucional".<sup>8</sup>

El reconocimiento formal británico para Huerta llegó el 3 de mayo de 1913.<sup>9</sup> Pero a pesar de los esfuerzos decididos del embajador Henry Lane Wilson los Estados Unidos no reanudaron relaciones oficiales con el gobierno mexicano, y el embajador fue llamado para "consultar", lo que resultó ser un mero sinónimo de "cesar".<sup>10</sup>

En mayo el Congreso mexicano aprobó una nueva ley electoral y anunció que las elecciones para presidente tendrían lugar el 26 de octubre.<sup>11</sup> Para entonces, sin embargo, Huerta no había podido pacificar al país, según sus promesas. Además, el 10 de octubre había disuelto el Congreso por su supuesta deslealtad y proclamado que las elecciones para el nuevo Congreso también

serían el 26 de octubre.<sup>12</sup> El presidente Wilson inmediatamente notificó a Nelson O'Shaughnessy, encargado de negocios de los Estados Unidos en la ciudad de México, que los resultados de las próximas elecciones mexicanas no serían reconocidos por los Estados Unidos.<sup>13</sup>

Al acercarse el día de las elecciones era ya claro que Huerta no intentaba abandonar el poder.<sup>14</sup> La ley mexicana requería que una tercera parte de votantes elegibles fueran a las urnas, para que fuese válida la elección presidencial.

Los otros candidatos presidenciales, probablemente sin verdaderas posibilidades de éxito, acordaron que de no haber una elección válida apoyarían al gobierno huertista hasta nuevas elecciones.<sup>15</sup> Ya entonces se sabía de las órdenes destinadas a impedir el número suficiente de votos; pero, todavía más, para prever cualquier eventualidad se había escrito el nombre de Huerta en muchas boletas y se habían girado instrucciones que le asegurarían una mayoría relativa; así, en cualquier caso Huerta seguiría en la presidencia. Sin embargo no se harían públicos los resultados de la elección hasta que el nuevo Congreso estuviera en posibilidad de examinarlos, y como Huerta controlaría ese cuerpo nadie podía dudar seriamente del desenlace. Las elecciones del 26 de octubre se llevaron a cabo tal como era de suponerse, pero el Congreso no se reunió hasta noviembre para rendir su veredicto.<sup>16</sup>

En el ínterin, el presidente Wilson hizo lo más que pudo para forzar a Huerta a dejar el poder. En un anuncio (conocido como "penúltimátum") del 1º de noviembre, Wilson avisó a Huerta que debería abandonar la presidencia; de no hacerlo recibiría un ultimátum, que si fuera nuevamente rechazado lo forzaría a proponer medidas extremas. Wilson incluso sugirió un plan para la composición de un gobierno mexicano provisional; pero aclaró que en él quedaría necesariamente excluida cualquier persona que tuviera conexiones con Huerta.

Las negociaciones entabladas sobre la base de esta advertencia quedaron interrumpidas el 4 de noviembre, cuando la prensa hizo pública la noticia de que los Estados Unidos exigían la renuncia de Huerta.<sup>17</sup>

Wilson entonces buscó apoyo en Europa. En una circular (del 7 de noviembre) declaraba su compromiso en referencia a la expulsión de Huerta e indicaba que utilizaría cualquier medio para conseguir su objetivo; justificaba su actitud añadiendo que el pueblo mexicano no debería ser oprimido por los actos de Huerta o de la legislatura fraudulenta que pronto se establecería. Se pidió a los gobiernos —principalmente Gran Bretaña, Francia y Alemania— que utilizaran sus buenos oficios para convencer a Huerta de dejar el poder, en interés de la paz y de la constitucionalidad. El resto era implícito: si Huerta rehusaba, los Estados Unidos intervendrían activamente para forzarlo a dejar el cargo; Walter Hines Page, embajador de los Estados Unidos en Gran Bretaña, entregó el mensaje del presidente a sir Edward Grey, Secretario del Exterior. El único problema que planteaba era si la eliminación de Huerta sería con o sin el apoyo moral de la Gran Bretaña.<sup>18</sup> Antes de dar respuesta a Page, Grey telegrafió al ministro británico en México, sir Lionel Carden.

Carden había pasado muchos años en México, Cuba y Centroamérica y era bien conocido por su esfuerzo en proteger los intereses comerciales británicos, actitud que para algunos diplomáticos demostraba una predisposición antiamericana. Sin embargo, en el momento que tratamos acababa de ser nombrado ministro en México.<sup>19</sup> Antes de abandonar Inglaterra en septiembre para tomar su nuevo puesto, escribió al Secretario del Exterior una larga carta que ilustra bien su punto de vista. Carden decía en ella que la política de los Estados Unidos en México entre 1910 y 1913 había sido inepta y de mala fe, y que era responsable de grandes pérdidas sufridas por los inversionistas británicos. La intervención estadounidense, según sus temores, podría significar la completa destrucción de los intereses económicos ingleses. Huerta le parecía capaz de restaurar el orden (en lo cual había ya conseguido algo) pero los Estados Unidos, sin que esto tuviera nada que ver con las virtudes del presidente mexicano o con su capacidad para dar garantías a ciudadanos extranjeros, estaban determinados a echarlo. Le parecía, además, una completa locura pensar en sustituir a Huerta por un

hombre nuevo e inexperto, y concluía que dar “apoyo moral a una política tal sería absolutamente suicida para nuestros intereses”. Gran Bretaña debía pensar en una política que protegiera sus inversiones mexicanas, y la solución que proponía era dar a Huerta manos libres y proporcionarle todo el apoyo moral y financiero posible.<sup>20</sup> Desde el día de su llegada a Veracruz, el 7 de octubre, el nuevo ministro trabajó con empeño en seguir esta fórmula. Su simpatía obvia para con Huerta y su crítica abierta a la política de los Estados Unidos lo hicieron un favorito del presidente mexicano.<sup>21</sup> Aunque Carden había caracterizado el “penúltimátum” del 1º de noviembre como un *bluff*, parece que a mediados de ese mes estaba ya convencido de que Wilson hablaba en serio, y se inclinaba por negociar un arreglo ante la posibilidad de una intervención armada.<sup>22</sup>

Como Carden no pensaba que Huerta quisiera renunciar voluntariamente, se entrevistó con él para discutir la situación. El general se daba cuenta de que Wilson planeaba alguna acción en su contra, y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para evitar una ruptura con los Estados Unidos, siempre que no fuera en menoscabo de la dignidad o la independencia del país. Huerta mismo sugirió que quizá los ingleses pudieran servir como mediadores. Cuando Grey supo esto, aunque advirtió a Carden sobre los riesgos que implicaba la mediación, lo autorizó para transmitirle las proposiciones que Huerta pudiera hacer.<sup>23</sup>

Unos días después de la conferencia Carden-Huerta, sir William Tyrrell, secretario particular de sir Edward Grey se entrevistó con el presidente Wilson en Washington. Wilson explicó a Tyrrell que la apertura inminente del Canal de Panamá hacía necesaria y urgente la existencia de buenos gobiernos en América Latina, pues de otro modo se podrían crear fricciones que resultaran en incidentes internacionales, como los ocurridos con Cipriano Castro en Venezuela entre 1902 y 1908. Con tal de prevenir situaciones similares era necesario, según el presidente norteamericano, eliminar a hombres como Castro y Huerta, e insistir en que sus países seleccionasen buenos gobernantes. Planeaba hacer de Huerta un caso ejemplar y exigir su renuncia.

Wilson explicaba también el plan por el cual esperaba lograr

su objeto: Huerta debería convocar a la vigésimosexta legislatura que había disuelto el 10 de octubre, supuesto que el Congreso surgido de las elecciones del 26 de octubre no era —a sus ojos— un cuerpo legal; y tendría que proclamar una amnistía general para que los constitucionalistas del norte pudiesen participar en las elecciones presidenciales. Si Huerta aceptaba estas proposiciones, él haría lo que pudiera para permitirle salvar su prestigio. Después de la renuncia, dijo Wilson a Tyrrell, pensaba desentenderse de lo que sucediera en México; pero Huerta había trascendido los límites de lo permitido en su gobierno antidemocrático y debía ser eliminado.

Durante esta conferencia Tyrrell mencionó que quizá Carden podría llevar a cabo un acuerdo conveniente con Huerta. Wilson prontamente aprobó la idea, y Tyrrell telegrafió a Grey el día siguiente diciéndole que el presidente estaba dispuesto a escuchar las proposiciones de Huerta.<sup>24</sup>

Carden vio al general el 17 de noviembre; al principio Huerta estaba visiblemente enfurecido con la intervención de los Estados Unidos en los asuntos internos de México y dijo a Carden que no se sometería al ultimátum de Wilson aunque eso significase la guerra. Después de hablar los dos algún tiempo, el general comenzó a tomar un tono más moderado; parecía dispuesto a condescender con algunas de las peticiones de Wilson, pero estipuló que debía hacerse de tal manera que no se entendiera que el gobierno de los Estados Unidos tuviera ningún derecho para decidir sobre la suerte de México, y prometió a Carden una declaración para unos días después.<sup>25</sup>

No fue sino hasta el 21 de noviembre que Carden pudo tener otra audiencia con Huerta. En ella el general se disculpó por no haber preparado una declaración escrita pero dijo que el mucho trabajo se lo había impedido; Carden supuso, sin embargo, que prefería enterarse de lo que se esperaba de él antes de comprometerse a cualquier cosa en particular. Le informó que Wilson deseaba que hiciera tres cosas: retirarse del cargo, convocar el Congreso disuelto el 10 de octubre, y proclamar una amnistía general para que todos los grupos pudieran participar en nuevas elecciones. Después de discutir detenidamente la cuestión, Huer-

ta finalmente autorizó al ministro británico para transmitir una serie de proposiciones a la consideración del presidente Wilson:

1. El nuevo Congreso debería reunirse para dictaminar sobre las elecciones presidenciales, y era seguro que las nulificaría. Después de esto se fijaría una fecha para nuevas elecciones. Huerta nombraría entonces a un sustituto, se retiraría de la presidencia y se dedicaría enteramente a pacificar al país.

2. No podía reunir de nuevo a un Congreso que se había mostrado tan hostil a su administración, lo que le había forzado a disolverlo y a convocar a uno nuevo.

3. No podía ofrecer una amnistía general a los rebeldes porque muchos de ellos eran culpables de crímenes atroces contra mexicanos y extranjeros. Tampoco era posible cesar las hostilidades en su contra porque sería eso tomado como muestra de debilidad y alentaría a los constitucionalistas en la lucha. Sin embargo, si los estados alzados quisieran tomar parte en las elecciones, estaría dispuesto a tratar la suspensión de operaciones para que pudiesen hacerlo.

Carden transmitió inmediatamente la declaración a Londres y opinó que si las condiciones eran aceptables como base para un acuerdo, creía que los detalles podrían arreglarse a satisfacción del presidente Wilson; informaba también sobre la insistencia de Huerta en redactar él la declaración y en entregarla a través del Secretario Británico del Exterior; no aceptaría un acuerdo directo con los Estados Unidos. Carden sugería asimismo que el retiro de los buques de guerra estadounidenses de Veracruz mejoraría concretamente las posibilidades para un arreglo satisfactorio.<sup>26</sup>

La información se envió de prisa a Washington y Tyrrell se entrevistó con Wilson el 23 de noviembre, para entregar las proposiciones de Huerta. El presidente no le indicó a sir William exactamente lo que pensaba hacer al respecto, pero aparentemente sólo eran para él una medida de Huerta para ganar tiempo.<sup>27</sup> La prensa dio alguna importancia al encuentro porque Tyrrell había sido recibido en domingo, día en que Wilson no trataba asuntos sino con su gabinete y sólo sobre problemas importantes. Los periodistas intentaron descubrir el tema de la

conversación pero Tyrrell desvió sus preguntas diciendo que la entrevista había sido personal y privada y que no había comentarios que hacer. El 25 de noviembre, el *New York Times* informó erróneamente que la visita de Tyrrell tenía por objeto solicitar del presidente el envío de una fuerza naval a Tampico y Tuxpan para proteger las propiedades petroleras británicas.<sup>28</sup>

Los ingleses esperaron pacientemente cinco días y entonces Tyrrell se comunicó con John Bassett Moore, consejero del Departamento de Estado, para saber lo que había decidido el presidente; según Moore, en vista de lo que Wilson había dicho el día 23, probablemente no habría respuesta.<sup>29</sup>

Al saber que aparentemente no se tomarían en cuenta las proposiciones de Huerta, Carden se sintió descorazonado: él había pensado que la renuncia del presidente mexicano era la principal preocupación de Wilson.<sup>30</sup>

Pero los británicos estaban ahora comprometidos y Grey pensaba que merecían alguna respuesta de los Estados Unidos, así que dio instrucciones a sir Cecil Spring Rice, embajador británico en los Estados Unidos, para informarse si el presidente tenía alguna contraproposición que hacer.<sup>31</sup> El 2 de diciembre Spring Rice envió a Colville Barclay, consejero de la Embajada británica, a entrevistarse con el Secretario de Estado, William Lennings Bryan. En ella Barclay indicó que el Secretario del Exterior sentía que debía dársele alguna respuesta, y Bryan, sin un momento de duda, repuso que el presidente consideraba las proposiciones de Huerta sólo como un ardid para ganar tiempo; le parecían tan absurdas que no las consideraba dignas de una respuesta. El Secretario de Estado añadió que Huerta sabía lo que se esperaba de él y que lo único que le quedaba por decidir era si saldría "de pie o con los pies por delante"; la política de los Estados Unidos, indicó, había sido claramente definida en el mensaje del presidente al Congreso, de ese mismo día:<sup>32</sup> para Wilson, Huerta había perdido el respeto y el apoyo moral hasta de sus antiguos amigos, cada día perdía un poco más de su poder y su prestigio, y su caída final no parecía lejana; los Estados Unidos continuarían su política de "espera vigilante" hasta que llegara el final.<sup>33</sup> Ante eso no quedaba mucho que

hacer a Grey, y comunicó a Carden que informara a Huerta de que los Estados Unidos consideraban sus "propósitos tan inaceptables que no tienen intención de contestar". Grey concluía: "El gobierno de Su Majestad no puede hacer más."<sup>84</sup>

El resto de la historia es bien conocido. A pesar de los extremos esfuerzos de los Estados Unidos, el Congreso mexicano se reunió y declaró nula la elección presidencial del 26 de octubre. La continua presión estadounidense —que llegó hasta la intervención armada en Veracruz, en abril del año siguiente— coadyuvó a la renuncia de Huerta y a su salida de México en julio de 1914.

Wilson había estatuido una condición previa al reconocimiento diplomático: según esa nueva fórmula, aquél no se extendería a menos que un jefe del ejecutivo hubiera llegado al poder por medios constitucionales. Aunque esto era un desarrollo nuevo —y aún ahora gravoso— de la política internacional, nadie puede negar que los Estados Unidos tenían el derecho de reconocer o no a un nuevo gobierno según les pareciese. La cuestión crucial, y que deja a Wilson bastante mal parado, era la tocante al derecho que le asistiera para pedir —y no sólo, sino exigir— la eliminación del presidente de un país soberano. No poseía ninguna autoridad para ello, obviamente, pero tal falla de principio nunca quitó el sueño a Wilson, que parecía abreviar sus consejos en una fuente situada mucho más allá de este bajo mundo.

Huerta, por su parte, había concedido dos de los tres requisitos propuestos por Wilson: dejaría la presidencia y encontraría alguna solución que permitiera a los rebeldes participar en las elecciones; pero había rehusado conceder el tercer punto, la reunión del antiguo Congreso. Es cuestionable su sinceridad al hacer esas concesiones; si su oferta de abandonar el poder parecía genuina, quedaba claro que quería asegurarse a su sucesor. Más importante aún era el hecho de que Huerta no intentara dejar el mando del ejército: quien quiera que fuese el presidente en esas condiciones, sería apenas poco más que un pelele. Asimismo, hay pocas probabilidades de que los constitucionalistas hubiesen aceptado participar en las elecciones presidenciales, pues adver-

tían que mientras examinara los resultados un Congreso controlado por Huerta, nadie sería presidente de México sin la aprobación de éste. Así pues, Huerta realmente ofrecía bien poco. Su posición desafiante ante los ultimátums de Wilson iba sin duda encaminada a asegurar para su administración un apoyo interno. Como ha señalado recientemente el profesor Stanley R. Ross, "su postura no sólo era 'patriótica' sino también 'popular' en potencia"; y si falló fue porque Huerta no podía limpiarse la mancha que lo ensuciaba por su traición en la *decena trágica* y por los asesinatos de Madero y Pino Suárez; y además, porque los constitucionalistas también se oponían a la intervención armada de los Estados Unidos y a su entrometimiento en los asuntos internos de México.<sup>35</sup>

En cuanto a los ingleses, Grey negó que el enviar a Carden a México señalara un cambio en la política británica. Tal declaración puede ser tomada como válida porque la Gran Bretaña había apoyado consistentemente a Huerta desde febrero de 1913, y Carden solamente había seguido esa política con vigor y determinación renovados, si bien con la agilidad de un elefante. Grey había autorizado de mala gana al ministro británico para mediar en la crisis, y Carden, en su perspectiva estrecha y orientada a los negocios, se había metido de lleno a la controversia con esperanzas de poder impedir la intervención de los Estados Unidos. Estaba convencido de que México necesitaba un hombre fuerte para preservar el orden y así, proteger los intereses británicos, más bien cuantiosos. La solución que le parecía más fácil era una suave transición a un presidente apoyado por Huerta. Después de todo, había ido a México con la intención reconocida de mantener a Huerta en el poder.

## NOTAS

<sup>1</sup> Aparte de los textos sobre la materia, estudios diplomáticos, bibliografías y apologías, merecen mención especial: Arthur S. LINK: *Wilson, The New Freedom*, Princeton, Princeton University Press, 1956; Philip Holt LOWRY: "The Mexican Policy of Woodrow Wilson" (tesis doctoral

inédita, Departamento de Relaciones Internacionales, Universidad de Yale, 1949).

<sup>2</sup> El autor de este artículo, utilizando los documentos británicos y estadounidenses, y un número limitado de materiales franceses y alemanes, ha trabajado una porción del período: "United States-British Diplomacy over Mexico, 1913" (tesis doctoral inédita, Departamento de Historia, Universidad de Oklahoma, 1963). Aquel estudio intentaba destacar la necesidad de un acercamiento multilateral a la redacción de la historia diplomática, así como corregir algunas omisiones, puntos insuficientemente tratados y errores de hecho que aparecían en muchos de los trabajos anteriores.

<sup>3</sup> Stanley R. Ross: *Francisco I. Madero, Apostle of Mexican Democracy*, Nueva York, Columbia University Press, 1955, pp. 309-318. Huerta tomó el poder como presidente provisional.

<sup>4</sup> Victoriano Huerta a Su Majestad el rey de Inglaterra, 19 de febrero de 1913, Foreign Office (en adelante citado FO) 372/448, Public Record Office en Londres (en adelante citado PRO); Sir Francis William Stronge, Ministro Británico en México, a sir Edward Grey, Secretario Británico del Exterior, 21 y 28 de febrero de 1913, FO 371/1672, PRO; Grey a Stronge, 25 de febrero de 1913, FO 371/1671, PRO. Sobre el acuerdo formal por el cual Huerta asumió la presidencia, véase el *Pacto de la Ciudadela* en U. S., Department of State, *Papers Relating to de Foreign Relations of the United States* [1913], Washington, Government Printing Office, 1920, nn. 722-723; Arturo DE LA CUEVA, Encargado Mexicano de Negocios en Washington al Secretario de Estado de los Estados Unidos, 15 de marzo de 1913, *Foreign Relations, 1913*, 778-779.

<sup>5</sup> Ross: *Madero* . . . , pp. 312-330.

<sup>6</sup> Stronge, en su informe sobre los asesinatos, declaraba que el embajador Wilson "acepta la versión oficial de la muerte del presidente y del vicepresidente, y ha urgido a su gobierno que haga lo mismo, ya que piensa que la nueva administración conseguirá la pacificación del país" (Stronge a Grey, 24 de febrero de 1913, FO 371/1671, PRO); las instrucciones de Grey a Stronge decían: "En el interin usted no debe dar ninguna razón que pueda hacer suponer nuestro rechazo al reconocimiento, o que para nosotros puede pesar en este asunto la muerte de Madero bajo circunstancias de las que no tenemos conocimiento preciso", 3 de marzo de 1913, Woodrow Wilson Papers, Library of Congress (en adelante citada LC), Manuscripts Division; Cf. también Embajador Wilson al Secretario de Estado, 24 de febrero de 1913, *Foreign Relations, 1913*, 736; y el Secretario de Estado al Embajador Wilson, 21 y 28 de febrero de 1913, *ibid.*, 728-729, 747-748.

<sup>7</sup> El Secretario de Estado al Embajador Wilson, 21 de febrero de 1913, *Foreign Relations, 1913*, 728-729; el Embajador Wilson al Secretario de Estado, 24 de febrero de 1913, *ibid.*, 736-737; Stronge a Grey, 24 de febrero de 1913, FO 371/1671, PRO; el presidente Taft escribiría después:

"No había tiempo para reconocer el gobierno de Huerta antes de que yo dejara el cargo. La lucha continuaba en la ciudad de México hasta dos o tres días antes de que yo dejara el cargo. Todo lo que me quedaba era rogar para entregar la situación a mi sucesor". (Taft a J. C. Schmidlapp, 16 de nov. de 1913, copia en los William Howard Taft Papers, LC, Manuscripts Division). El relato de Taft no consigna las circunstancias exactamente.

<sup>8</sup> Howard F. CLINE: *The United States and Mexico*, Cambridge, Harvard University Press, 1953, p. 142; Samuel Flagg BEMIS: *The Latin American Policy of the United States: an Historical Interpretation*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, Inc., 1943, pp. 168-169; LINK: *Wilson, The New Freedom*, pp. 348-356; LOWRY: "The Mexican Policy of Woodrow Wilson", pp. 43-44.

<sup>9</sup> Grey a Stronge, 3 de abril de 1913; Stronge a Grey, 3 de mayo de 1913, FO 372/448, PRO.

<sup>10</sup> LINK: *Wilson, The New Freedom*, pp. 348-356; el embajador Wilson llegó incluso a intrigar para forzar el reconocimiento estadounidense: el 7 de mayo de 1913 dijo a Huerta que si los problemas más grandes entre los Estados Unidos y México se arreglaran, tanto en principio como de hecho, y los Estados Unidos siguieran rehusando el reconocimiento, él renunciaría. Su argumento era que su gobierno no desearía dejar sus asuntos en manos de un simple encargado de negocios, y que no podría enviar un nuevo embajador sin antes hacer el reconocimiento (Stronge a Grey, 12 de mayo de 1913, FO 414/235, PRO). El relato de la entrevista con Huerta, hecho por el embajador, no dice nada sobre ese ofrecimiento (embajador Wilson al Secretario de Estado, 8 de mayo de 1913, *Foreign Relations, 1913*, 799-800).

<sup>11</sup> Nelson O'Shaughnessy, Encargado de Negocios de los Estados Unidos en la ciudad de México, al Secretario de Estado, 4 de septiembre de 1913, State Department Papers (en adelante citado SDP), National Archives, contiene un ejemplar de la nueva ley electoral.

<sup>12</sup> *Mexican Herald* de la ciudad de México, 10 de octubre de 1913, 1:6-7, y 11 de octubre, 1:6-7; Fidencio S. SORIA: *Las tempestuosas y memorables sesiones habidas en la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión las noches de 9 y 10 de octubre de 1913*. México, Tipografía de F. S. Soria, 1914; *Foreign Relations, 1913*, 836-846; Sir Lionnes Carden, ministro británico en México, al Secretario Británico del Exterior, 11 y 15 de octubre de 1913, FO 204/419, PRO. Carden informaba que según la opinión general de los diplomáticos la actitud de Huerta estaba justificada por las circunstancias, y algunos se extrañaban de que no hubiera disuelto las cámaras antes.

<sup>13</sup> Bryan a O'Shaughnessy, 13 de octubre de 1913, *Foreign Relations, 1913*, 838; el Secretario de Estado a algunos miembros del servicio exterior de los Estados Unidos, 14 de octubre de 1913, *ibid.*, 841.

<sup>14</sup> *New York Times*, 27 de octubre de 1913, 1:1.

<sup>15</sup> Carden a Grey, 27 de octubre de 1913, FO 204/419, PRO; el *Mexican Herald* del 25 de octubre de 1913, 1:5, tiene una breve reseña de los cuatro partidos políticos y de sus candidatos.

<sup>16</sup> O'Shaughnessy al Secretario de Estado, 1, 3, 18 y 25 de octubre de 1913, SDP; *ibid.*, 25, 26 y 27 de octubre, Wilson Papers, LC; John Lind, enviado especial del presidente Wilson a México, a Brayan, 2, 3 y 25 de octubre de 1913, SDP; Cónsul de Estados Unidos en Acapulco al Secretario de Estado, 20 de octubre de 1913, Wilson Papers, LC. Véanse también: Memorándum H de la División de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado, al señor Long, del 11 de noviembre de 1913, SDP; *New York Times*, 27 de octubre de 1913, 1:1, 3:4; *Mexican Herald*, 29 de octubre de 1913, 1:5.

<sup>17</sup> LOWRY: "The Mexican Policy of Woodrow Wilson", pp. 68-70.

<sup>18</sup> El Secretario de Estado a algunos miembros del servicio exterior de los Estados Unidos, 7 de noviembre de 1913, *Foreign Relations*, 1913, 856; Page al Secretario de Estado, 8 de noviembre de 1913, Wilson Papers, LC.

<sup>19</sup> Irwin Laughlin, Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Londres, al Secretario de Estado, 11 de abril de 1913, SDP; Brayan a J. P. Tumulty, Secretario del presidente Wilson, 19 de julio de 1913; SDP; Boaz W. Long, del Departamento de Estado, al presidente Wilson, "Statement Regarding Sir Lionel Carden Great Britain's Newly Appointed Minister to Mexico", 19 de julio de 1913, SDP. RUSSELL H. FITZGIBBON en *Cuba and the United States, 1900-1935*, Menasha (Wisconsin), George Banta Publishing Co., 1935, se refiere a los problemas de los Estados Unidos con Carden en Cuba.

<sup>20</sup> Carden a Grey, 12 de septiembre de 1913, FO 414/235, PRO, y "Memorándum by Sir L. Carden", adjunto.

<sup>21</sup> Mi trabajo "United States-British Diplomacy over Mexico, 1913", en las páginas 45-67 está dedicado a las actividades de Carden en México.

<sup>22</sup> Lind a Bryan, 8 de noviembre de 1913, SDP; Bryan a la Embajada de los Estados Unidos en Londres, 4 de noviembre de 1913, SDP.

<sup>23</sup> Carden a Grey, 9 de noviembre de 1913, FO 204/419, PRO; *ibid.*, 16 de noviembre de 1913; Grey a Carden, 17 de noviembre de 1913, FO 414/235, PRO.

<sup>24</sup> Tyrrell a Grey, 14 de noviembre de 1913, FO 371/1678, PRO. Antes de que fueran consultables los documentos de la British Foreign Office, la única relación que se conocía de este encuentro era la del diario del coronel Edward M. House, amigo y confidente del presidente Wilson: *House Diary*, 13 de noviembre de 1913, Edward M. House Papers, Yale University Library. Grey a Tyrrell, 17 de noviembre de 1913, FO 1/247, PRO.

<sup>25</sup> Carden a Grey, 26 de noviembre de 1913, FO 414/235, PRO.

<sup>26</sup> Carden a Grey, 21 de noviembre de 1913, FO 414/235, PRO.

<sup>27</sup> Carden ya había enviado directamente a Washington una copia de las proposiciones, y Tyrrell había visto al presidente antes de la llegada del mensaje de Grey. Grey a sir Cecil Spring Rice, Embajador Británico en los Estados Unidos, 24 de noviembre de 1913, FO 414/235, PRO; *House Diary*, 26 de noviembre de 1913.

<sup>28</sup> *New York Times*, 24 de noviembre de 1913, 2:4, y 25 de noviembre, 2:1.

<sup>29</sup> Colville Barclay, Consejero de la Embajada Británica, al Secretario de Estado, 25 de noviembre de 1913, John Basset Moore Papers; Memorandum de la visita de Tyrrell a Moore el 28 de noviembre de 1913, John Basset Moore Papers. Los Moore Papers fueron retirados de la Biblioteca del Congreso en 1964 y, según las últimas noticias, llevados a la biblioteca de la Universidad de Columbia en la ciudad de Nueva York. No eran asequibles al público.

<sup>30</sup> Garden a Grey, 30 de noviembre de 1913, FO 414/235, PRO.

<sup>31</sup> Grey a Spring Rice, 1º de diciembre de 1913, FO 414/235, PRO.

<sup>32</sup> Spring Rice a Grey, 2 y 10 de diciembre de 1913, FO 414/235, PRO.

<sup>33</sup> Spring Rice a Grey, 10 de diciembre de 1913, FO 414/235, PRO; U. S. *Congressional Record*, 63th Congr. 2nd Session, pp. 43-44.

<sup>34</sup> Grey a Carden, 3 de diciembre de 1913, FO 414/235, PRO.

<sup>35</sup> Comentario de Stanley R. Ross en la reunión de la Conferencia del Sureste sobre Estudios Latinoamericanos (SECOLAS), Atlanta, Georgia, 14 de abril de 1967.